

Chascon contra Tauradri

EL VIAJE
MARAVILLOSO



Chascon
Revista infantil

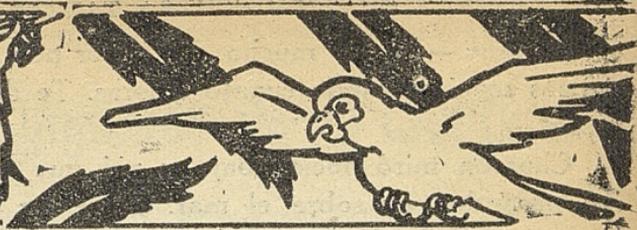
Nº 9
Año 1





Aquí vemos a Margarita montada en el pato, mientras Juanito la mira navegar.

Juanito y Margarita aparecen en el cuento que se publica en la página 18.



Chascón contra Tarzán

Episodio N.º 9

Cuando Tarzán entró en el castillo, con las tropas recibió — como ya sabemos — un tremendo garrotazo que le dió Chascón. Pero, como la cosa se ponía llena de peligros, no era posible quedarse ahí, esperando los acontecimientos. De manera, pues, que Chascón salió con el enano, montado en un pájaro gigantesco. Volando, volando, el enano se reía, mientras Chascón iba un poquito preocupado, aunque perfectamente seguro de sí mismo, como de costumbre.

—Este Tarzán es un pobre muñeco sin cabeza—dijo el enano.—Cree que porque ahora tiene bajo sus órdenes un ejército, es tan grande como Napoleón. ¡Jajajá!

Chascón se rió de la frase del enano y, al cabo de un momento, le preguntó hasta dónde seguirían así, montados en los pájaros, por entre las inmensas nubes.

—Yo voy a dejarte aquí—le contes-

tó el enano.—Tengo mucho qué hacer por otras partes. Tú puedes seguir volando cuanto quieras. Te deseo muy buena suerte.

Chascón miró hacia abajo y vió que en esos instantes iba pasando por sobre el mar. Entre las olas se veía un barco con la bandera de los piratas. De manera que resolvió descender cuanto antes, a entablar con ellos amistad.

Se despidió, pues, de su amigo el enano y comenzó a bajar lentamente hacia las aguas.

—¡Un hombre viene volando!—gritó un pirata que hacía de vigía.

Inmediatamente los demás piratas corrieron al puente y prepararon sus armas. Chascón veía todos estos movimientos que se hacían en el barco y no dejaba de alarmarse. ¿Le dispararían? ¿Le tomarían por un enemigo y lo llevarían a algún oscuro calabozo?

El pájaro descendió suavemente. Chascón, cuando estuvo al alcance del barco, gritó con voz muy fuerte:

—Soy hombre de paz y deseo conferenciar con el capitán del barco.

Al momento vió que un pirata que tenía una pata de palo se adelantó, haciendo gestos amistosos.

No tardó el pájaro en pisar el puente de la nave pirata. Chascón descendió de un salto y en seguida el pájaro echó a volar de nuevo, solo, perdiéndose en el cielo.

El capitán pirata estrechó la mano de Chascón y le preguntó en qué podía servirle. Le divertía mucho conversar con un hombre que había bajado de las nubes. Entonces Chascón le narró sus aventuras y el capitán comenzó a reír con estrépito.

Si quiere saber lo demás de esta linda serie, lea las páginas centrales de esta revista.

Los tres gigantes de la montaña



Un gigante hacía sonar el cuerno de caza.

I,

Ricardo y Manfredo, dos muchachos que deseaban correr aventuras, llamaron un día a su criado, Astolfo, que era hombre de grandes fuerzas y muy valeroso, y le manifestaron lo que querían. Astolfo se puso feliz. A él le gustaban las aventuras enormemente. De manera que no

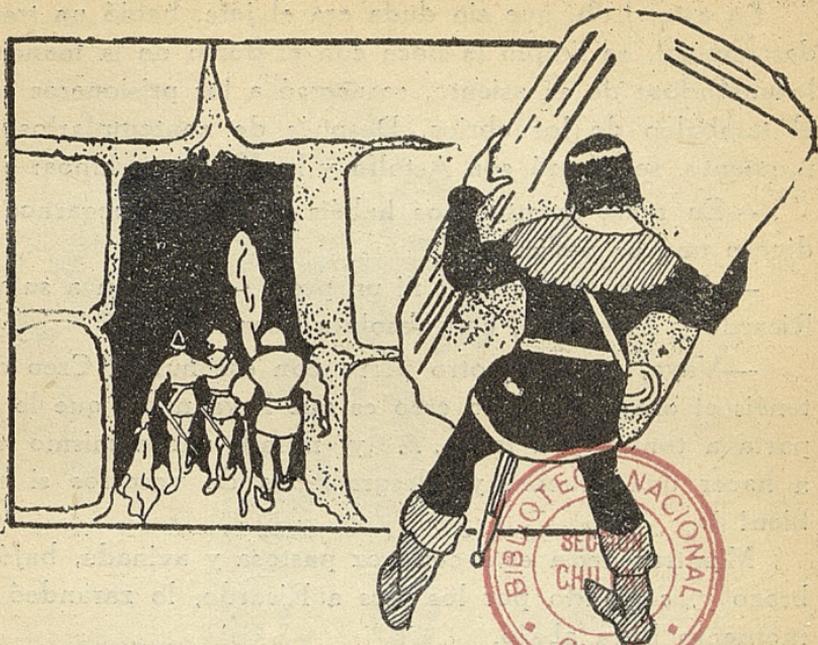
tardaron en salir de casa, resueltos a dar la vuelta al mundo.

Ricardo y Manfredo no eran aficionados al dinero y por eso no se preocuparon de llevar ni siquiera una moneda; pero Astolfo escondió muchas monedas de oro en la vaina de cuero de su sable, sin decirles media palabra.

Recorrieron muchos países. Llegaron al reino de los Diamantes. Allí, la reina se hizo amiga de los muchachos y, cuando se despidieron de ella, les obsequió diez carros cargados de oro. Pero ni Ricardo ni Manfredo desearon quedarse con esa riqueza fantástica y la repartieron entre los pobres del reino, siendo muy aclamados por su generosidad.

Después continuaron su camino. Anduvieron días y noches. De este modo, después de larguísima marcha, arribaron hasta unas montañas. Iban muy tranquilos cuando he aquí que oyeron resonar un cuerno de caza. Se volvieron y divisaron a un gigante más alto que una torre. Era él quien hacía resonar el cuerno en la soledad. A los muchachos les dió un miedo terrible. Nunca habían visto un hombre tan grande. Hasta el mismísimo Astolfo sintió cierto temor y les aconsejó a los muchachos que huyeran. Iban a hacerlo, cuando vieron que a sus espaldas había otros dos gigantes, exactamente iguales al primero. Estaban perdidos, pues. No había posibilidad ninguna de pelear con gigantes tan inmensos, cuyas fuerzas eran capaces de derribar una montaña y de hacer caer el cielo. Los gigantes les pidieron todo el dinero que llevaban. Contestaron los muchachos que no poseían un solo centavo, porque habían repartido entre los pobres diez carros de oro. Astolfo dijo la misma cosa, pues no deseaba desprenderse de las monedas que llevaba escondidas en la vaina de cuero de su sable.

Entonces los gigantes les pusieron a cada uno de ellos una soga al cuello y, a grandes trancos, echaron a andar



Lob levantó en sus brazos un pedrusco colosal

hacia el interior de las montañas. Astolfo no sabía qué partido tomar. En cuanto a los muchachos, ni siquiera se atrevían a respirar de tanto miedo que sentían.

II

A los veinte minutos de aquella carrera endiablada, los tres gigantes hicieron alto ante una inmensa mole de rocas, en donde quitaron las sogas a sus prisioneros.

Lob levantó en sus brazos un colosal pedrusco y dejó al descubierto una entrada negra como boca de lobo, por cuya abertura se deslizaron todos.

Los gigantes estaban de buen humor, y lo demostraron sentándose ante una tosca mesa y sirviéndose vino en jarrros en los que cabrían sus buenos cincuenta litros.

En esto, Lob, que sin duda era el jefe, bebió un trago descomunal, se limpió la boca con el dorso de la mano y, levantándose de su asiento, se acercó a los prisioneros con el tambaleo de los ebrios. Después de contemplarlos un momento, se encaró con Astolfo y le dijo entre hipo:

—En mala aventura os habéis metido al negarnos el dinero que os pedimos...

—¡Pero si no tenemos ni un peso! — dijeron a su vez Ricardo y Manfredo, con absoluta buena fe.

—Vaya, vaya, ¡a otro perro con ese hueso! Creo que tenéis el oro; lo que no creo es que haya nadie que lo reparta a tontas y a locas... ,y, mirad, ahora mismo voy a hacer una prueba, y ¡desgraciados de vosotros si sale bien!

Mientras decía esto con voz pastosa y avinada, bajó el brazo y, cogiendo por los pies a Ricardo, lo zarandeó un momento boca abajo.

Nada cayó.

Astolfo estaba lleno de angustia.

Cuando el gigante le levantó estaba sudoroso y desencajado. A los mismos muchachos no dejó de extrañarles tamaño pánico, pues no estaban acostumbrado a que su escudero dejase traslucir el miedo.

Por fortuna, el gigante no paró mientes en la angustia visible de Astolfo, y éste, al verse por los aires, apretó maquinalmente la boca de su portamonedas, sin que el movimiento causase extrañeza a nadie. Hasta el gigante, desesperanzado por el mal éxito de sus dos tentativas anteriores, no le movió mucho; pero, en cambio, le dejó en el suelo bastante rudamente.

Astolfo se levantó del suelo bufando de rabia y se cuadró ante el gigante, que le miraba atónito.

—No tolero que me trates como a un pelele... y ya



El gigante lo levantó como a una pluma y lo zarandéo boca abajo.

van dos veces que lo haces. De modo que me vas a tener que dar satisfacción.

—A ver... a ver... Si te doy mi espada casi no la vas a poder manejar. Si te proporciono otra arma más pequeña, las armas no serían iguales.

—¡Ya está..., ya está! — dijo Mang triunfalmente, y dándose una descomunal palmada en la cabeza añadió:— ¡Reñid con las vainas!

Inmediatamente, Lob, desenvainando su espada, se quedó con la vaina en la mano.

—Coge tú otra — le dijo a su antagonista,

—Ya tengo la mía.

—¡Ay, qué de azotes vas a llevar! — decían los otros gigantes retorciéndose de gusto.

—¡Alto! — dijo de pronto Astolfo, viendo que Lob iba a empezar su ofensiva.

—Tú eres más alto, y mientras yo te voy a poder pegar sólo en las piernas, tú, en cambio, me vas a poner las orejas calientes.

—Pues, ¿cómo lo vamos a arreglar? — dijo Lob desesperado ante aquel nuevo inconveniente.

—A la suerte. El que saque más puntos a los dados, aquél pega primero.

Trajeron los dados y ganó Astolfo.

Silbó en el aire la correa, llena de monedas, y de súbito descargó sobre la cabeza del gigante un gran golpe, que produjo un ruido seco.

—¡Qué bestia eres! — exclamó Lob, restregándose los ojos con ambas manos, pues del golpe se le habían amarrado en un instante.

Astolfo levantó de nuevo su correa, hizo con ella en el aire dos o tres molinetes y descargó su segundo golpe, pero esta vez dirigido a los riñones.

—¡Recuerdo, repámpano, recórcholis! — gritó Lob al sentir el dolor, pues era muy mal hablado.

El tercer porrazo fué directo a la nuca y produjo las mismas furiosas exclamaciones.

Y llegó el turno de Lob.

Imperceptiblemente, Astolfo se había ido acercando a uno de los taburetes.

Lob levantó su poderoso brazo y descargó su primer golpe; pero, como apenas veía, no notó la maniobra del

escudero, que había puesto su espalda al nivel del asiento. El golpe fué formidable, en efecto, pero no tocó a Astolfo en lo más mínimo, por lo que éste se abstuvo de quejarse;

El pobre Lob dió los dos golpes que le quedaban con el mismo resultado.

En seguida, furioso, les dijo que si en un plazo de tres días no entregaban los diez carros de oro, morirían.

III

Los tres desgraciados aventureros no vieron salir a los tres gigantes. Sin duda dormían cuando ellos marcharon a su faena cotidiana. Al atardecer, cuando regresaron, trajeron caza fresca, pero ningún otro prisionero. La noche se deslizó como la anterior. Cenaron, bebieron y, finalmente, se encerraron en el cuarto del tesoro. Lo mismo pasó al siguiente día. Unicamente al llegar la tercera noche, Lob les dirigió la palabra para decirles que al día siguiente de madrugada vencía el plazo.

Apenas los gigantes se hubieron encerrado, el escudero trepó hasta la ventana-observatorio. Tal vez la contemplación de aquellas riquezas le sugirió un plan, porque bajó rápidamente, ante la extrañeza de los muchachos, que nada sabían, y les puso al corriente de todo lo que había visto y de lo que pensaba hacer para tratar de salvarse. El plan era arriesgado; pero como no había tiempo de pensar en otro, los muchachos dieron su conformidad, sin dejar por eso de hacerle ver sus dificultades.

—¿Cómo te vas a arreglar, si no poseemos dinero para efectuar la estratagema?

—Es que yo poseo un poco — balbuceó Astolfo, confuso.

—¡Ah, Astolfo! — dijo entonces Manfredo. — ¡Y per

sar que si lo hubieses entregado a tiempo ahora estaríamos libres...!

—¿Y por qué había de entregar nada a esos ladrones?
— dijo el escudero, tratando de sincerarse.

Inmediatamente, el escudero extrajo una moneda de su bien repleta vaina y la arrojó contra el bloque que hacía de puerta, procurando que hiciese el mayor ruido posible. El murmullo interior cesó de improviso. Se adivinaba que los gigantes estaban con la oreja tendida esperando la repetición de aquel ruido agradable e inesperado. Astolfo recogió la moneda y la volvió a hacer sonar con tanta fuerza como la primera vez. Se oyeron entonces pasos precipitados, el bloque que hacía de puerta desapareció como por encanto y las cabezas de los gigantes llenaron el vacío en actitud de escuchar ansiosamente.

En aquel momento, Astolfo salió de la oscuridad, y recogiendo la moneda la hizo dar bote en las mismas narices de Lob, Geng y Mang, que no salían de su asombro.

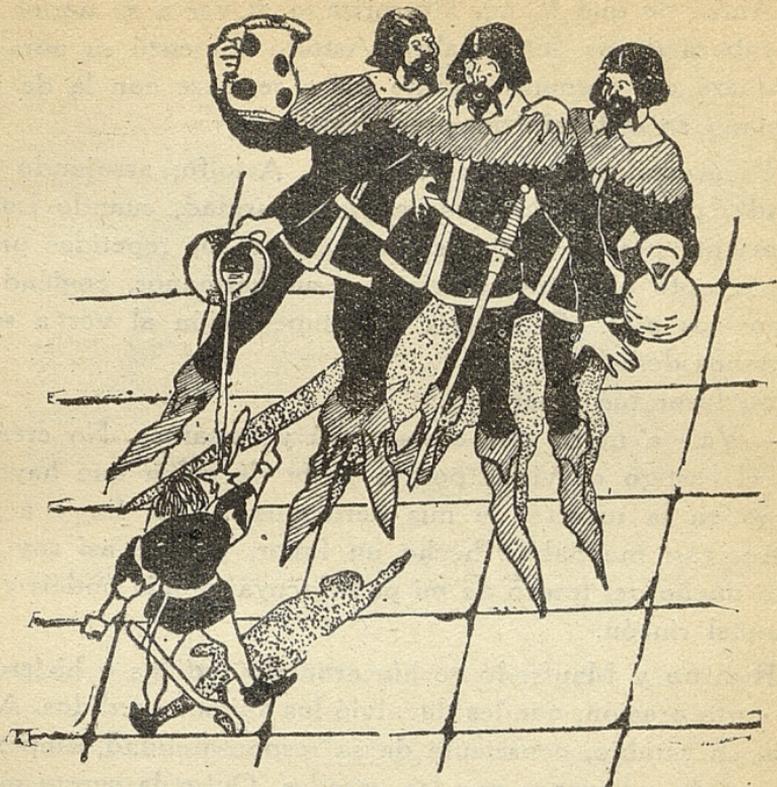
—¡Eh, amigo! — exclamó Geng aproximándose con los ojos brillantes. — El dinero es nuestro. ¿De dónde lo has sacado?

—Acaba de entrar por ese agujero — dijo Astolfo, señalando las ventanas del suelo. — Sin duda, nuestros amigos se han enterado de nuestra situación y nos tiran por ahí nuestro rescate. Cuando haya reunido los diez carros ya os avisaré...

—Voy a ver lo que hay de verdad en este cuento chino — dijo el codicioso gigante. — Vosotros, id a encerrar lo nuestro, mientras yo sonsaco a este bellaco.

No se hicieron de rogar Lob y Mang y desaparecieron en la cámara del tesoro. Geng, mientras tanto, se tendió en el suelo y, arrastrándose, se asomó a una de las ventanas. Alargó el cuello e intentó ver a través de la oscuridad.

Aquel era el momento que Astolfo esperaba. Se intro-



Astolfo se levantó del suelo bufando de rabia y se cuadró ante los gigantes

dujo en el hueco de la otra ventana armado de una de las espadas de los gigantes y empezó a sacudir tajos tan formidables en el cuello del gigante, que, aunque éste lo tenía tan robusto como el de un buey, Astolfo, gracias a sus fuerzas, pudo cortárselo bonitamente. Luego intentó arrojar al precipicio el cuerpo sin cabeza, pero no tuvo tiempo, porque Lob y Mang volvían rápidamente. Como sólo quedaba una ventana vacía, Mang, que llegó antes, la ocupó, mientras Lob pedía impacientemente noticias a sus hermanos de lo que veían.

Antes de que Mang, aterrorizado al ver a su hermano sin cabeza dijese una palabra, Astolfo comenzó su obra y la cabeza del segundo gigante fué a reunirse con la de su hermano en el fondo del precipicio.

Se acercaba el momento crítico. Astolfo, arrojando la espada, procuró disimularse en la oscuridad, cuando Lob, impaciente por no recibir contestación a sus repetidas preguntas, optó por atraer hacia sí a sus hermanos, cogiéndolo por los pies. ¡Cuál sería su estupefacción al ver a sus hermanos descabezados!

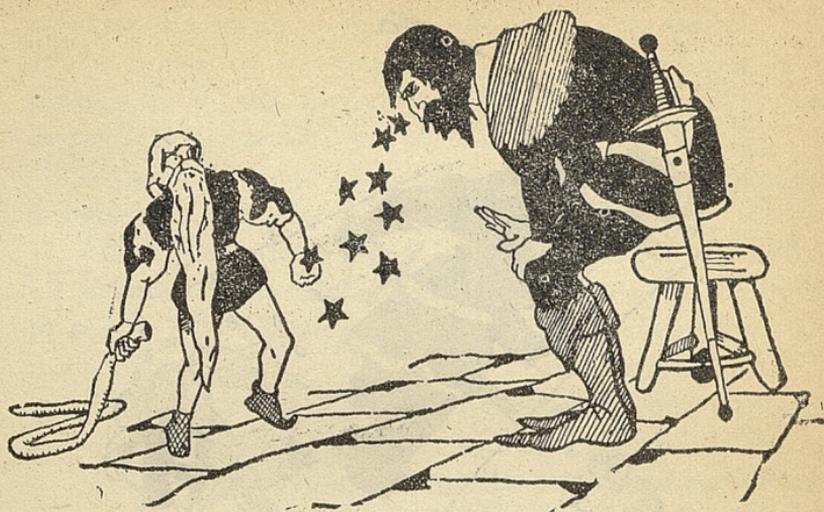
Su furor fué espantoso.

—Vais a morir por embusteros y farsantes. No creáis que el castigo os viene por la parte de culpa que hayáis tenido en la muerte de mis hermanos... Al fin y a la postre, casi me habéis hecho un favor, porque así soy el único dueño del tesoro de mi padre, cuya momia podéis ver en aquel rincón.

Ricardo y Manfredo se hincaron de rodillas e hicieron una corta oración, que les devolvió los ánimos perdidos. Astolfo, en cambio, consciente de su responsabilidad, empezó a darse de cabezadas por las paredes. Quiso la suerte que en uno de sus desordenados movimientos, una moneda resbalase de la vaina y cayese al suelo, y como Lob se acercase corriendo a cogerla y le preguntase su procedencia, el escudero le respondió con el mayor aplomo:

—Lob, eres injusto con nosotros. Nos exigiste diez carros de oro en el espacio de tres días y ni siquiera esperas a que termine el plazo. Gracias a mis sortilegios, el oro empezaba a venir, cuando tú y tus hermanos habéis interrumpido el curso natural. Pero como nos amenazas, no tengo más remedio que hacer en tu presencia las operaciones necesarias, aunque con ello descubra mi secreto.

Y Astolfo, tomando impulso, dió un enorme cabezazo



*Descargó sobre el gigante un golpe fenomenal
que le hizo ver est-ellas.*

contra la pared, al mismo tiempo que arrojaba al suelo una nueva moneda.

—¡Caracoles! — exclamó Lob, mientras la recogía radiante de júbilo.

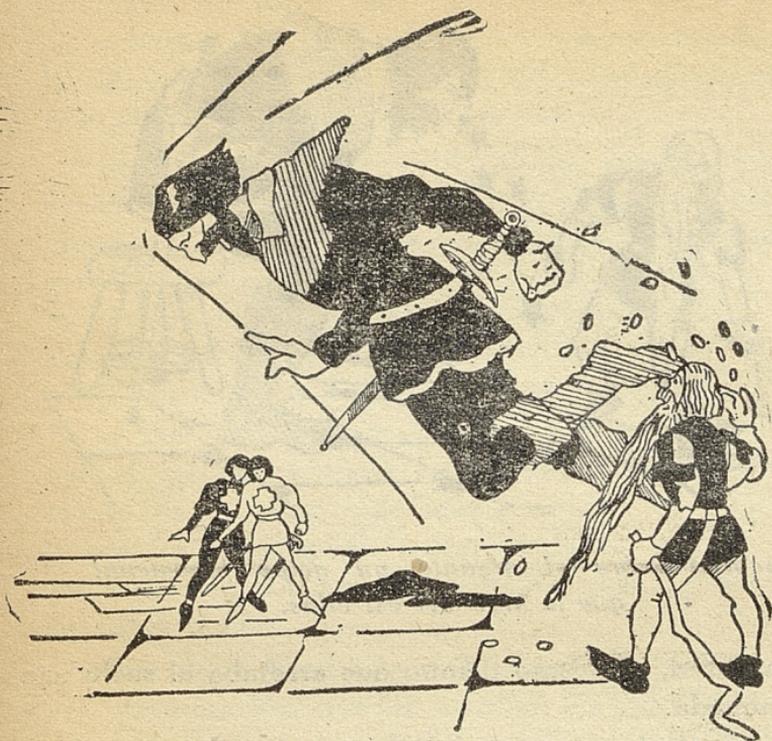
El escudero, satisfecho del efecto logrado, repitió la operación.

—¡Hombre, es raro! — no pudo menos de confesar Lob. — ¡Tantas veces como yo he tropezado con la roca y nunca ha caído ni una mala moneda de cobre!

—¡Tonto! ¡Cómo iba a caer si no sabes las palabras mágicas!...

—Pues dímelas, y os dejaré libres en cuanto reúna la cantidad prometida.

—Creo en tu palabra, amigo Lob, pero desearía que nos abrieses la puerta, porque tú, a lo mejor, ocupado en contar el dinero, no pensarías en hacerlo.



*De aquella manera, dió una docena de cabezazos
contra la roca...*

Lob refunfuñó, dando a entender que aquello le olía a desconfianza, pero se decidió a hacer lo que le pedía el escudero.

—Mira — dijo Astolfo, cuando el gigante estuvo de vuelta. — Hay que decir "Ajo, Col y Caracol" en el momento de dar con la cabeza en la roca, y, si el golpe ha sido dado sin miedo, cae en seguida una moneda de la mejor calidad.

El gigante midió el terreno, y después de calcular la distancia razonable, se decidió a probar fortuna. Se lanzó a la carrera y a tiempo de saltar pronunció las palabras

mágicas. Es decir, debió de pronunciarlas, porque su garganta emitió cierto sonido que fué apagado por el rudo choque de la cabeza del gigante contra la roca y después la caída de su pesado corpachón al suelo.

En seguida tomó el escudero la espada del gigante, con la cual le dió muerte sin escrúpulo ninguno.

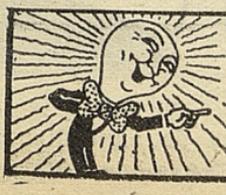
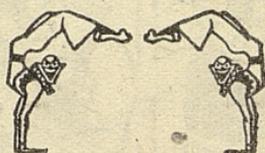
En seguida, decididos a continuar cuanto antes el viaje de aventuras que se propusieran, descansaron un momento y, sin más trámite, comenzaron a caminar hacia la llanura.

—No ha sido poca cosa lo que nos ha ocurrido — dijo Astolfo, haciendo girar en el aire su garrote.

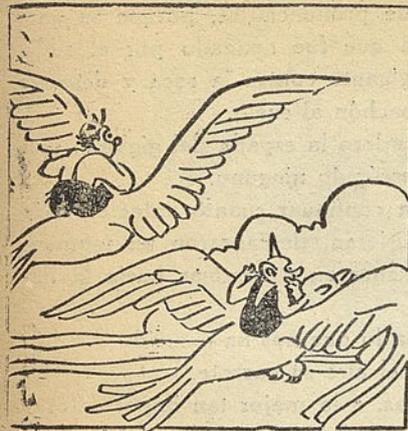
—Ya nos ocurrirán otras, a lo mejor tan importantes y sensacionales como ésta — exclamó Manfredo.

Y muy alegremente llegaron a la llanura, más resueltos que nunca a vivir toda clase de peripecias.

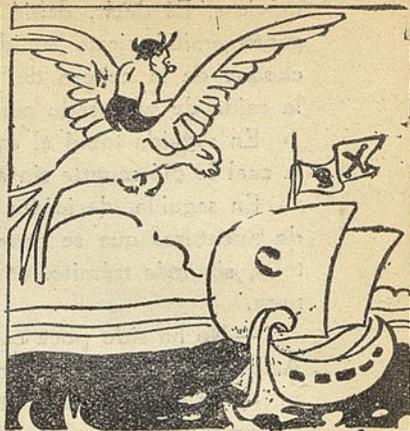
Habían desaparecido tres monstruos más de la superficie de la tierra y los tres aventureros dieron gracias a Dios fervorosamente.



LUCERITO WATT
insiste en que lo conozcan
VEA LA PÁGINA 22



1.—Chascón y el enano, cada uno montado en un pájaro gigantesco, volando, volando. Pasaban por los mares y las ciudades...



2.—De repente, el enano se detuvo. Abajo, en el mar, se veía un velero. Se despidió de Chascón, le deseó feliz viaje y el enano no tardó en desaparecer.



3.—Chascón, al verse solo entre las olas, le pidió al pájaro que despidiera hasta el velero. Era un barco de piratas. El capitán recibió bien a Chascón.



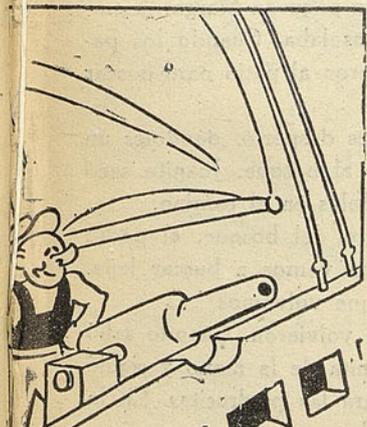
4.—Lo llevó a su camarote y le sirvió una copa de aguardiente, para darle la bienvenida. Chascón le contó sus aventuras.



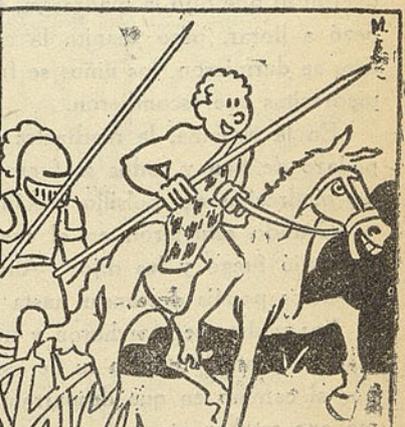
5.—Entonces el capitán pirata hizo llamar a una bruja que llevaban en el barco, para que le viera a Chascón la suerte en su mano izquierda.



6.—La bruja le contó a Chascón que su enemigo Tarzán, al mando de un gran ejército, avanzaba en su busca.



7.—El capitán pirata, al oír esto, llamó a sus hombres y les ordenó prepararan los cañones de combate.



8.—Mientras tanto, Tarzán venía en un hermoso caballo al frente de un ejército. Traía una lanza puntiaguda y cantaba de puro contento...

¿Qué va a suceder?... ¿Quién triunfará?...

Juanito y Margarita

Una gran miseria existía en el país, y la gente tenía que sufrir mucho. Un pobre leñador con su mujer y dos hijos no sabía cómo mantener a su familia.

Por eso dijo su mujer: "Si no quieres que muramos todos de hambre, debemos llevar a los niños al bosque, y tan lejos que les sea imposible volver." Así hablaba la madrastra de los chicos. La madre había muerto años atrás. El padre no quiso, pero al fin y al cabo, consintió. En la noche, los niños no podían dormir de hambre y oyeron lo que dijo la madrastra. La pequeña Margarita empezó a llorar, pero Juanito la consolaba. Cuando los padres se durmieron, los niños se fueron al patio para buscar piedrecitas que escondieron.

En la mañana, la madrastra les despertó, dándoles un pedazo de pan y todos se fueron al bosque. Juanito sacó sus piedrecitas del bolsillo, echándolas en el camino.

Cuando estuvieron en el centro del bosque, el padre encendió fuego y les dijo: "Ahora vamos a buscar leña. Vosotros podéis descansar hasta que volvamos."

Los padres se marcharon y no volvieron. Cuando salió la luna, Juanito tomó a su hermanita de la mano y siguió por el camino en que desparramara las piedrecitas. En la mañana estaban otra vez en casa de sus padres.

La madrastra se enfureció, pero el padre se alegró de que los chicos se hubieran salvado.

Poco tiempo después, oyeron otra vez que la madras-



La vieja era una bruja que quería comerse a los niños.

tra decía al padre: "No tenemos pan. Hay que llevar a los niños tan lejos que no puedan volver."

En la mañana, la mujer despertó a los niños, dándoles un pequeño pedacito de pan. Por el camino, Juanito echó las migas por tierra y así entraron en el bosque. Otra vez

se encendió fuego y los padres se marcharon después. Los niños se durmieron y por la noche quisieron volver a casa; pero desgraciadamente los pajaritos se habían comido las migas. De modo, pues, que se perdieron. Pero caminando y caminando vieron una casita blanca. Al acercarse, se dieron cuenta que era de tortas, dulces, pasteles y chocolate. Como tenían mucho hambre, comieron hasta quedar satisfechos. Pero de repente se abrió la puerta y vino una mujer viejísima que les pidió que entraran. Así lo hicieron los niños, y la vieja los acostó en dos lindas camas. Durmieron divinamente. Pero la vieja era una bruja que quería comerse a los niños. En la mañana tomó a Juanito y le encerró en el corral, y ordenó a Margarita que le llevara comida para engordarlo. Todas las mañanas fué la bruja al corral. Juanito debía mostrarle el dedo para ver si había ya engordado, pero como la bruja tenía los ojos rojos, no podía ver bien. Juanito le mostró un hueso y la vieja no podía comprender por qué Juanito seguía tan flaco. Al cabo de pocas semanas, se cansó. Quería sin embargo comerse a Juanito, y ordenó a Margarita que preparara todo para la comida y calentara el horno.

Cundo la vieja puso la cabeza en el horno para enseñarle a Margarita cómo debía encenderlo, la pequeña le dió un golpe, la bruja cayó adentro y a pesar de sus gritos se quemó viva.

Rápidamente corrió Margarita al corral para librar a Juan. Los dos hermanitos lloraron de alegría.

En la casa encontraron muchas piedras preciosas, plata y oro y se llenaron los bolsillos con estas joyas, marchándose en seguida.

Pero era muy difícil encontrar un camino y tristes llegaron en algunas horas a un gran lago sin puente. Pero súbitamente divisaron a un gran pato. Margarita le pidió que los llevara a la otra orilla, lo que hizo el buen pato.



El buen leñador estuvo contentísimo de ver otra vez con sus hijos.

Caminaron otra vez por el bosque. Vieron súbitamente, de lejos, la casa del padre, echaron a correr y entraron.

El buen leñador estuvo contentísimo de verse otra vez con sus hijos. Su mujer había muerto en esos días, y él no deseaba otra cosa que no separarse más de Juanito y Margarita. Los chicos contaron a su padre lo que les había pasado y abrieron sus bolsillos llenos de piedras preciosas, oro y plata. Ahora no tendrían más penas ni afanes y podrían vivir felices y contentos hasta el fin de su vida.

— ¡Qué feliz me siento! — exclamaba el padre. — Yo

no quería abandonarles; pero mi mujer me obligó a ello, diciendo que no teníamos qué darles de comer. Pero mi mujer murió de repente, en estos días, y me quedé solo, recordándolos a ustedes con todo el corazón.

—¿Y de qué murió la madrastra? — preguntó Margarita.

—La picó un pajarito de todos colores en mitad de la nariz. Se le hinchó mucho, le creció tanto que ya parecía una corneta. De pronto, le reventó. Y la pobrecita no pudo soportarlo. Abrió los brazos, giró los ojos como si fueran a salirseles y dió un suspiro tremendo. ¡Había muerto!

El leñador se enjugó una lágrima y en seguida abrazó a sus hijos muchas veces. Juanito y Margarita se sentían en el colmo de la dicha. Estaban con su padre y eran ricos.

—Voy a comprar un coche con un caballito negro — decía Juanito. — Así podré pasear cómodamente por el bosque.

—Y yo compraré una muñeca que juegue conmigo como si fuera una niña de mi edad — decía Margarita.

El leñador sonreía, escuchándoles. ¡Qué linda le parecía ahora la vida!



LUCERITO WATT

sabe que se
hará popular

El Erizo Bondadoso



Cuando Ricardo y Susana salieron al jardín, echaron a correr, muy alegres, porque entonces era primavera y el ambiente agradable por demás. De pronto, el niño descubrió en el suelo a un erizo pequeñito y, volviéndose a su hermana, se lo mostró.

—¡Qué antipático! — exclamó Susana. — Valdría más que lo matásemos.

—Precisamente.

Entonces acudió su mamá y, al ver al erizo, exclamó:

—¡Pobrecito! Sin duda has tenido un gran susto.

Lo recogió cuidadosamente, con la mayor habilidad para no pincharse y luego dijo a sus hijos:

—Le daremos un poco de pan y leche. Venid a ayudarme, niños.

Estos ya habían cambiado de intenciones con respecto al animal.

Dirigiéronse todos a la casa y pronto tuvieron la satisfacción de ver cómo el erizo se desenroscaba, para comer pan y leche. Y una vez que hubo satisfecho su apetito, miró a todos con sus brillantes ojos.

—Ahora dejémoslo en libertad para que se vaya—dijo la mamá a los niños.

Y como si el erizo hubiese comprendido aquellas palabras, echó a correr hacia el jardín.

—Esta noche le dejaremos preparado un plato de pan con leche — dijo Susana. — Tal vez vuelva.

—¡Ojalá hiciese algo en nuestro favor, a cambio de la bondad con que le hemos tratado! — observó la madre. — Como ya sabéis, tenemos, por la noche, la cocina llena de cucarachas. No puedo acabar con ellas. ¡Cuánto me agradecería que el erizo se las comiese!

—Podemos dejarle un plato de pan y leche en la cocina — insinuó la niña. — De este modo, si vuelve, quizá se comerá también las cucarachas.

Aquella noche dejaron un plato de pan y leche en la puerta de la cocina. A la mañana siguiente se figuraron que el erizo no había ido, porque el plato estaba intacto.

Pero los dos niños no quedaron convencidos de ello, y a la noche siguiente decidieron bajar a la cocina, para ver qué ocurría.

En cuanto todos los de la casa estuvieron dormidos, bajaron de su cuarto hasta la cocina y entonces, con la mayor satisfacción, pudieron ver al erizo que perseguía activamente a las cucarachas.

—¡Mira, mira, Ricardo! — exclamó Susana. — Mira al buen erizo cómo persigue a esos inmundos animales.

En cuanto el erizo oyó la voz de la niña, se asustó y emprendió la fuga.

Los dos hermanos permanecieron quietos sin hacer el menor ruido y, poco después, vieron al erizo que se asomaba por la puerta de la cocina.

Al fin, tranquilizado, volvió a entrar y se dedicó de nuevo a perseguir a las cucarachas.

A partir de entonces, el erizo volvió todas las noches, de modo que al poco tiempo la cocina se vió libre de la plaga que había sufrido.



El erizo empezó a comer pan y leche.

—Ahí veréis — dijo la madre a sus hijos — cuán conveniente es siempre tratar bien a todo el mundo, porque nunca se sabe quién podrá hacernos un favor.

La Musaraña que pasaba la vida pensando en las musarañas

No hacía nada, lo que se dice nada. Ni salía por las noches a buscar insectos y gusanos, ni se ocupaba en lo que una musaraña decente debe ocuparse cuando es mayor de edad.

Conviene saber que la musaraña es un animalito parecido al ratón.

Se estaba toda la noche, y ya sabéis que la noche para las musarañas es lo que para nosotros el día, mirando las estrellas, sin tomarse el más mínimo trabajo.

Su familia estaba escandalizada, y con razón.

—No hay quien la haga trabajar. Se pasa el tiempo pensando en las musarañas... No sabemos qué hacer con ella.

Era verdad. No sabían qué hacer con ella. Ni las reprimendas, ni las amenazas, ni, luego, los castigos conseguían nada de ella. Ni el dejarla sin postre, ni dejarla los domingos en la madriguera encerrada. No quería trabajar, estaba visto. Sus padres, sus hermanos se cansaron de alimentarla, de traer a casa escarabajos y ciempiés, cada día más difíciles de encontrar, para que se los comiese aquella holgazana, que se pasaba la vida pensando en las musarañas.

Ni aún así. Ni sitiada por hambre accedió a ocuparse en las tareas habituales de su familia, ni se decidió a buscar por los ríos algunos moluscos con qué contribuir a las necesidades de la casa, ahora que estaba la vida tan cara.

La dejaron por imposible, y la echaron de la madri-



*La musaraña, que es na especie de ratoneito
se llevaba pensando, pensando...*

guera, a ver si así, viendo claramente las realidades de la vida, sintiendo el aguijón del hambre y los alfileritos del frío, se decidía a trabajar, como las demás de su especie.

Pero no habían contado con que ella se contentaba con muy poco y que sabía soportar bravamente las privaciones. Nada, por tanto, legraba hacerla desistir de su empeño, y, aún así, sin hogar y casi sin alimento, siguió piensa que te piensa en las musarañas.

Ya nadie la saludaba, aunque era de buena familia, por su mala conducta, y si las musarañas madres la señalaban a sus hijas las musarañitas, era para ponerla como ejemplo de lo pernicioso que es no hacer nada y entregarse al feo vicio de la holgazanería.

Pero, ¿es que la musaraña que se pasaba la vida pensando en las musarañas era una holgazana?

No. Todo lo contrario. Cuando ella pensaba, es que

tenía algo dentro de la cabeza que le movía el resorte del pensar. Y cuando alguien tiene algo que pensar y lo piensa mucho, acaba por hacer una cosa útil a los demás. Así la musaraña de mi historia. Pensaba, pensaba, y esto es muy importante.

Hasta que se vió el fruto de tanto pensar en las musarañas. Escribió, primero, una **Historia de las musarañas**; luego un grueso volumen en que estudiaba las diferentes especies de musarañas que hay desde la musaraña común a la musaraña enana, y desde la musaraña sin orejas (**Cryptotis**) a la musaraña de cola corta (**Blarina brevicauda**), pasando por la musaraña acuática (**Neomys fodiens**) y sin olvidar tampoco a la musaraña almizclada de la India, ni a la musaraña de los Kirguises, ni la musaraña nadadora del Himalaya, ni tampoco a la musaraña de pies palmeados del Tibet, ni mucho menos a los topos-musarañas. A tan profundo estudio siguió una interesante Memoria **Sobre el mejor método para cazar moluscos**. Después, entre otros muchos libros, publicó un extenso **Proyecto para mejoramiento del porvenir de las musarañas** y un opúsculo titulado **Importancia de la musaraña en la civilización moderna**.

Tantas y tan utilísimas obras sirvieron extraordinariamente a la cultura y a las necesidades prácticas de la vida de las musarañas.

Las musarañas lo comprendieron así, y no sólo rehabilitaron la fama de la musaraña pensadora, sino que la nombraron no sé cuántas cosas y erigieron en su honor una preciosa estatua, ante la que hubo lectura de largos discursos laudatorios el día que se descubrió.

Desde entonces todas las musarañas la saludaban a su paso, y las musarañas madres la señalaban a sus hijas, las musarañitas, como ejemplo de que el estudio y los elevados pensamientos pueden hacer de una musaraña común una gloria de las musarañas.

Así se premiaron las largas veladas, las cavilaciones, de la musaraña ilustre y se comprendió que, cuando se nace musaraña, lo mejor que se puede hacer es pensar en las musarañas, que es, al fin y al cabo, pensar en sus semejantes y laborar por ellos.

Pero todos estos honores no enorgullecían a la musaraña estudiosa. Era muy sencilla y modesta. Cuando algunas musarañas periodistas fueron a hablar con ella, para que hiciera declaraciones por los diarios, la musaraña historiadora trató de disculparse, diciendo que su persona valía muy poco para que se ocuparan de ella. Pero los periodistas insistieron mucho, muchísimo, como hacen siempre; de manera, pues, que la musaraña tuvo que declarar lo siguiente:

—Me siento muy feliz de haber hecho una obra útil a mis hermanos. Creo que las musarañas debemos pensar en nosotras mismas, cuanto podamos, para poder, así, perfeccionarnos, ya que nadie, absolutamente nadie, va a pensar en nosotras ni a desearnos algún bien, por pequeñito que sea.

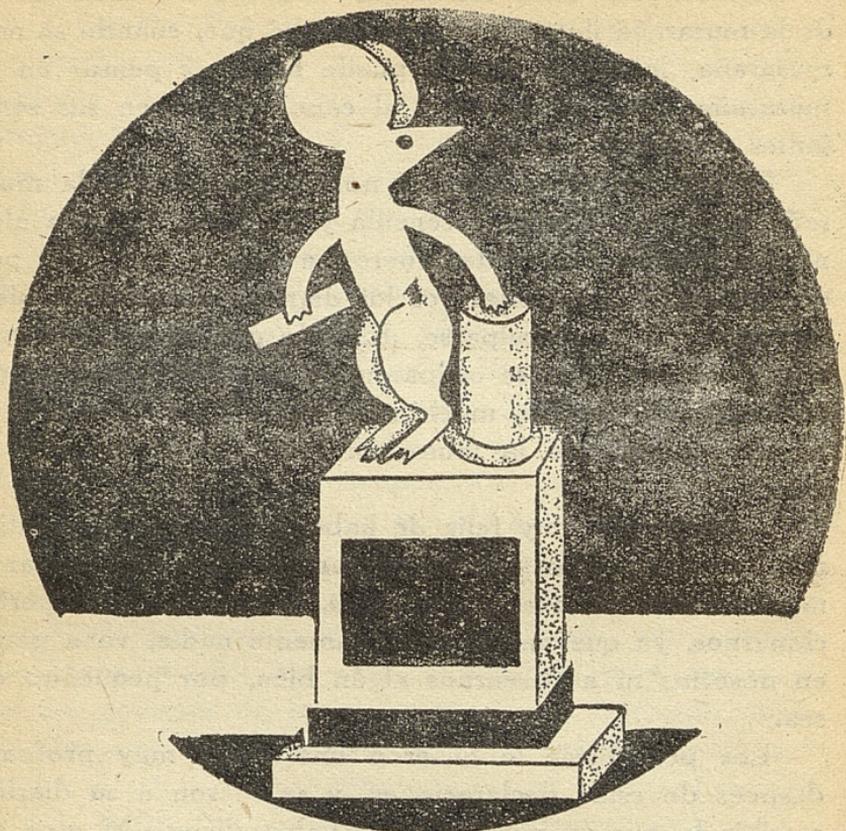
Los periodistas le hicieron una venia muy profunda, después de estas declaraciones, y se fueron a su diario a escribir lo que la musaraña les había dicho. Al otro día, en el país de las musarañas todo el mundo conocía estas declaraciones.

—¡Qué modestia tan grandé! — comentaban algunos.

—¡Qué grandeza de alma! — agregaban otros..

—Si hubiera muchas musarañas como ésta, seríamos superiores a los elefantes — comentó una musaraña de anteojos, que se las daba de profesor de historia.

Pues bien, para celebrar estas declaraciones, se reunieron las musarañas y salieron con una banda de músicos a la cabeza, a pasear frente a los balcones en que vivía la musaraña historiadora.



Le erigieron un monumento precioso, en premio de sus obras tan valiosas.

—¡Viva! ¡Hural! — gritaron con todo entusiasmo.

—¡Viva la sabiduría y la modestia! — gritaron después.

La musaraña salió al balcón, saludó con la cabeza y con las patitas. Pero tanto la aplaudieron que se vió obligada a hablar. Dijo así:

—Compañeros, agradezco esta manifestación. Prometo,

con toda la sinceridad de que es capaz una musaraña, dedicar mi vida al perfeccionamiento de nuestra raza. ¡Muchísimas gracias y buenas noches!

La manifestación se marchó, entonces, por las calles. Sonaban los tambores:

—Tam, tam, tam, rataplam, tam, tam...

La musaraña historiadora comenzó a acostarse y se quedó dormida oyendo, lejos, muy lejos, sonar todavía el tambor... ¡Tam, tam, tam!

Cuando despertó, al otro día, su criado le trajo una carta escrita con letra muy menuda. Era de una admiradora, que le ofrecía su corazón para toda la vida.

—“Estoy muy enamorada de ti — le decía la admiradora — y quisiera casarme contigo. Soy bastante rica y me dedicaré a hacerte feliz. Contéstame cuanto antes.”

La musaraña historiadora, que nunca se había preocupado de cosas de amor, sonrió al leer estas palabras y las contestó muy amablemente. Después, se perfumó un poquito, se rizó el bigote y salió a la calle muy contenta.

Al mes siguiente se verificó el matrimonio. La musarañita que se casó con él era un encanto. Risueña, juguetona, hacía reír muchísimo a su marido. Era tan divertida, que todo el mundo quería conocerla. De modo que la casa de la musaraña historiadora no tardó en verse repleta de visitas. Pero no por eso la musaraña historiadora dejó de trabajar. Todas las tardes, después de almuerzo, se encerraba en su escritorio hasta la hora de comida. Trabajaba, trabajaba con afán. Por esto su fama creció mucho más todavía y fué necesario levantarle otro monumento.

EL CONCURSO de CHASCON

CHASCON invita a todos sus lectores a participar en su Concurso. Ya hemos dicho de qué se trata. Lo repetiremos ahora, brevemente:

CHASCON publica, todas las semanas, un cuadro numerado, que se llama "Página del Concurso". Los lectores tienen que colorarlo y enviarlo en seguida con su nombre y dirección a REVISTA CHASCON — Casilla 63-D.

Aparecerán 16 de estos cuadros. Se dará buenos premios. La lista de premiados se publicará en el número del 17 de Septiembre.

El Primer Premio consiste en una hermosa bicicleta que se exhibe en las vidrieras de la Editorial Ercilla (Agustinas 1639). Obtendrá este premio el que colore mejor los 16 cuadros.

Habrà más de 100 premios muy interesantes para los que hayan colorado un poco menos bien estos cuadros del concurso, como asimismo para los que no envíen sino algunos. A estos últimos concursantes se les exigirá que sea excelente la coloración de los cuadros que envíen.

Póngase, pues, al trabajo y trate de ser el que mejor colore los 16 cuadros de la

Página del Concurso.

Página del Concurso

(CUADRO N.º 4)



*Colore este cuadro y si quiere participar
en el Concurso envíelo con su nombre
y dirección a esta revista.*

*“Mejor Luz
Mejor Visión”*

**LA DISTANCIA
DE 35 CMS.**

*es justo la que necesitan
los ojos de la criatura*



La iluminación deficiente obliga muchas veces al niño a aproximar el libro a los ojos, acercándolo a una distancia mucho menor que la normal para leer--es decir 35 cms. Esto causa daño a la vista y por eso aconsejamos que se vigile la clase de luz que usa la criatura para leer.

Sus hijos podrán progresar en sus estudios y prevenir futuras enfermedades de la vista si Ud. dedica AHORA toda su atención a la iluminación de su hogar.

**Compañía Chilena de
Electricidad, Limitada**